

RICARDO MORENO CASTILLO

TRECE CARTAS A DIOS

Prólogo de Juan Cruz Ruiz



INTRODUCCIÓN

Estas cartas son unas divagaciones escritas a vuela pluma y no tienen otro objeto que compartir unas perplejidades que, hasta donde me alcanza la memoria, han sido para mí compañía permanente. No son tanto sobre Dios como sobre la creencia y descreencia en Él.

Porque está muy bien que algunas personas crean en Dios: si así se explican el mundo y dan un significado a su vida, no hacen con ello daño a nadie. Y también está muy bien que otras personas no crean en Dios: quien se siente a gusto en este mundo aceptando alegremente su finitud tampoco hace daño a nadie. Cada cual, sin miedo ni prejuicios, ha de seguir su buen sentido hasta donde éste le lleve y, mientras todos nos respetemos a todos y las discrepancias no desemboquen en enfrentamientos, no hay razón para inquietarse ni lugar a confusiones ni desconciertos. Pero suceden dos cosas que ya no están tan bien, y que sí son inquietantes.

La primera, que quienes descreen (que normalmente dejan de creer porque han sido educados en alguna fe) muy frecuentemente sostienen otras creencias cuyos funda-

mentos no tienen mayor solidez que la que atribuyen a la creencia en Dios, o se apuntan a unas causas que poco se diferencian de la religión que han desechado.

La segunda, que quienes creen en Dios se cargan con la obligación de creer además en otras cosas extremadamente disparatadas. Por razones que están más allá de mis alcances, es muy difícil tener fe en Dios y vivir serenamente, sintiéndose acompañado por Él y sin meterse en más problemas. No, se ha de creer también en un montón de cosas a cual más inverosímil, muchas veces contradictorias entre sí, cumplir con unos ritos y cargarse con unas obligaciones que convierten la vida en algo más duro de lo que ya es. Se empieza buscando un dios que dé sentido a la vida y se acaba fabricando un dios que amarga la vida.

Ambas dolencias son muy preocupantes porque, aunque en principio atañen tan solo a la vida privada de las personas, son muy contagiosas, y no hay predicador de delirios que no encuentre seguidores. Y los seguidores de los diversos predicadores que andan sueltos por el mundo acostumbran a mirarse mal unos a otros, cada uno de ellos muy seguro de la veracidad de su doctrina, por delirante que ésta sea, y de la falsedad de las de los demás. Reflexionar sobre estos y otros fenómenos aparejados a la creencia en Dios es el tema de las páginas que vienen a continuación.

UNO

Querido Dios:

No estoy demasiado seguro de por qué empiezo estos pensamientos, ni por qué se me ocurrió darles forma epistolar. Ya sé que eso no es una originalidad y que muchas reflexiones se escriben así, como cartas a un amigo imaginario, y como amigo imaginario tú sirves igual que cualquier otro. Además, como voy a hablar de ti, eres el destinatario natural de estas cartas.

Pero antes de nada sí quiero aclarar tres cosas. La primera, que según el protocolo no se te debe tratar de *usted*, pero tampoco de *tú*. Se te ha de tratar de *Tú*, así, con mayúscula, lo mismo que cualquier pronombre personal que se refiera a ti. Pero si no te importa, te aparearé del tratamiento y prescindiré de las mayúsculas. Es más cómodo para mí, y el ordenador no hará marcas verdes. Si existes, seguro que estás por encima de esas pequeñeces, y si no existes, razón de más para que el tratamiento carezca de importancia.

La segunda cosa es que no creo en ti. Creí durante bastante tiempo, te busqué en muchos sitios, pero cada vez

te veía más lejano, hasta que te perdí de vista. Y créeme que te busqué de verdad, y que allá por los años de la lucha política, mientras los jóvenes de mi generación leían catecismos marxistas, yo leía a teólogos y a escritores católicos, a Rahner y a Chesterton, a Graham Greene y a Hans Küng. Mis amigos progres me consideraban un ser oscurantista y reaccionario. Cosas que pasan. Al final llegué a la misma conclusión a la que habían llegado la mayoría de mis amigos muchos años antes y sin necesidad de dedicar tanto tiempo al estudio y la reflexión. Se conoce que no soy muy listo. Pero ciertamente tampoco soy un hombre frívolo ni apresurado: no te descalifiqué sumariamente sin antes pensarlo mucho.

Y la tercera cosa es que si escribo sobre ti es, entre otras muchas razones, porque eres una idea tremendamente peligrosa. Muchísimas de las burradas que nos cuenta la historia se han hecho en tu nombre. Pero lo bueno del caso es que sigues siendo una idea peligrosa para quienes no creen. Hay muchísima gente que deja de creer en ti porque la sola posibilidad de tu existencia les parece inverosímil, pero luego se apunta a otras creencias igualmente inverosímiles. Y en nombre de esas nuevas creencias se hacen otras burradas que poco tienen que envidiar a las primeras. Y esto es muy chocante, porque al dejar de creer se nota una enorme sensación de alivio. Ya te explicaré a lo largo de esta correspondencia por qué sucede así, pero te voy adelantando que quienes hablaban de ti cuando yo era niño daban una imagen tuya comparada con la cual Hitler o Stalin eran unos benefactores de la humanidad. Y si se experimenta tanto alivio al superar una idea de ti por la cual muchos se sienten tiranizados ¿por qué será que

tantos y tantos se adhieren después a otras ideas que los tiranizan igualmente? Es algo a lo que le he dado muchas vueltas y no acabo de encontrar una explicación. Supongo que volveré sobre esto.

Me gustaría que existieras, fíjate, y no tanto por la esperanza de una vida inmortal como por la posibilidad de reencontrar a viejos amigos que he ido perdiendo con el tiempo. Sostienen algunos teólogos (que, por si no te acuerdas, son unos señores que se ocupan de ti y de informarnos después a los demás de cómo eres) que verte cara a cara produce tal felicidad que uno ya no apetece nada más. Y no dudo que seas un ser muy atractivo, pero pienso que pasarse todo el rato contemplándote tiene que acabar forzosamente cansando. Si el paraíso me da la posibilidad de estar con las personas que he querido, y tiene además una buena biblioteca y una buena bodega, no pido más. Soy persona de gustos sencillos y buen conformar.

Decía Mark Twain que él ni tenía miedo a la muerte ni ansiaba la inmortalidad, porque ya había estado muerto desde el comienzo del mundo hasta el día de su nacimiento y no recordaba haber sufrido ninguna molestia durante todos esos siglos. Es cierto; como también lo es que la muerte no es nada para quien se muere. Pero Mark Twain y quienes piensan como él pasan por encima de algo fundamental: la muerte de los amigos, que sí significa algo para quienes les sobreviven. Y allí está, a mi juicio, el intrínquilis de la cuestión. Pienso que la fe en ti se sostiene más por presenciar la muerte de los demás que por la idea de la propia. Por cierto, Dios, ¿has leído a Mark Twain? Aunque te tenía poca simpatía, deberías leerlo, porque era un hombre de mucho

sentido común. Y no te demores en hacerlo, ni confíes en que tienes todo el tiempo del mundo por delante, porque el número de libros que aparecen cada día es increíblemente grande. Así tuvieras una legión de ángeles dedicada a controlar todo lo que se publica y que te pasara solo lo que sea francamente bueno, no te alcanzaría la eternidad para leer lo que vale la pena. Así que anímate a leerlo. Ya verás como te gusta.

Y para terminar, una precisión: cuando te digo que me gustaría que existieras no te estoy diciendo que me gustaría creer en ti. Aclaro esto porque hay quienes confiesan su descreencia como una adversidad, y dicen: «Desgraciadamente no tengo fe». Esto es una solemne majadería. Lamentarse de no creer en algo cuya creencia parece irracional equivale a lamentarse de la propia cordura, lo cual no parece muy cuerdo. Te lo explico mejor con un ejemplo. Si alguien es feo y dice que le gustaría ser guapo, parece razonable. Pero si ese alguien, reconociéndose feo, dijera: «Desgraciadamente no me creo el hombre más guapo del mundo», sería un majadero. Encima de ser feo, se lamenta de no ser también tonto. Hay que ser tonto.

Bueno, Dios, hasta otra y un abrazo.

Ricardo

DOS

Querido Dios:

Desde hace ya mucho tiempo, muchísimas personas han intentado demostrar tu existencia. Uno de los más famosos se llamaba Anselmo y era un monje benedictino que llegó a ser arzobispo de Canterbury. Ya te explicaré más adelante en qué consiste eso de ser obispo o arzobispo, pero te anticipo que es algo importantísimo.

Bueno, pues el tal Anselmo inventó un argumento, el llamado *argumento ontológico*, el cual, que yo sepa, jamás sirvió para convertir a ningún ateo. Pero como pirueta metafísica no deja de ser divertida. Consistía en que si yo tengo una idea de ti como un ser infinitamente perfecto, esa idea ha de tener la perfección de la existencia (de lo contrario no sería la de un ser infinitamente perfecto y la idea llevaría en sí misma su propia contradicción). Ergo existes. De este modo, tu esencia implica tu existencia, eres alguien que no podría no existir.

Otro que se ocupó del asunto fue Tomás de Aquino, quien inventó unas razones, conocidas como las *cinco vías*,

que como intento para convertir a los descreídos podrían ser tomadas más en serio que el argumento ontológico, pero hoy tampoco convencen mucho. La idea está en que te considera una *causa primera* que causa todas las causas, un motor inmóvil motor primero de todos los movimientos. Pero partir de que toda causa tiene una causa para llegar a una causa incausada es una conclusión que contradice una de las premisas. Habría que plantearlo como un razonamiento de reducción al absurdo: si toda causa fuera causada habría un retroceso infinito de causas, lo cual es imposible, por lo tanto hay una causa incausada. Pero si es difícil imaginar una cadena infinita de causas hacia atrás, igual de difícil es imaginar una causa incausada que existe desde siempre sin que nunca tuviera comienzo. Y la pregunta sigue en pie: si tú creaste todo, ¿quién te creó a ti? Además, aunque mis conocimientos metafísicos son harto escuálidos, se me alcanza que la noción de causa lleva consigo la de *tiempo*: toda causa es *anterior* a su efecto. Si antes del mundo no había tiempo, ¿cómo se puede crear el mundo antes de que hubiera mundo, si tampoco había tiempo? Algunos, para sortear esta dificultad, han decidido que no eres causa incausada, sino *fundamento incondicionado*.

Más tarde llegó Kant, quien entró a degüello sobre las pruebas de tu existencia, y desde entonces ninguna persona razonable, tenga o no fe en ti, cree posible demostrar que existes. Pero Kant era hombre religioso, y pensaba que por otros caminos se podía llegar a ti. Con todo, también te imaginó pensando: «Si fuera de mí no hay nada más que lo que existe porque yo quiero, ¿de dónde vengo yo?, ¿qué hago aquí desde toda la eternidad?».

Hegel, un poco después, sostuvo que para quien es necesario e incondicionado esta pregunta está fuera de lugar. Vale, puede que tenga razón, que lo absolutamente incausado pregunte por su propia causa, o que el fundamento incondicionado reflexione sobre su propio fundamento, es una contradicción de términos. Con todo, la pregunta que se hace Kant no se puede desecharse sin más, sigue siendo existencialmente relevante. Porque si eres un ser personal, es difícil no imaginarte mirando a tu alrededor y preguntándote: «¿Pero qué estoy haciendo yo aquí?». O mejor (en lugar de la tan repetida frase: «¿Por qué el ser y no más bien la nada?»): «¿Por qué yo precisamente y no otro?». Que exista un fundamento incondicionado podría parecer metafísicamente coherente. Que ese fundamento sea una persona ya es más complicado. Quizá sea ése el salto de la metafísica a la religión.

Una postura que sostienen los ateos, y no les falta su pizca de razón, es que si existieras no te sería tan problemático dar pruebas de tu existencia. Es cierto que los creyentes dicen que la fe es un don, una *gracia* que concedes tú, pero yo no le veo la gracia a creer en quien tan poco pone de su parte para darse a conocer. Para un ser infinitamente poderoso no debería ser tan difícil manifestarte ante tus hijos de un modo inequívoco. No sé cómo lo podrías hacer, pero un ser tan sabio como tú seguro que encontraría una manera, a poco empeño que pusiera.

Ante este argumento, los creyentes responden de dos formas distintas. La primera, diciendo que no te manifiestas de un modo innegable para respetar la libertad de tus hijos, que así pueden creer o descreer de ti libre-

mente. Este argumento da por bueno que la ignorancia nos hace libres, lo cual es un despropósito. Algo así como si el instituto meteorológico ocultara las previsiones del tiempo para que pudiéramos programar nuestro futuro con más libertad. Es al revés: si quiero ir de excursión al campo y me anuncian que va a llover, elijo libremente entre quedarme en casa o mojarme, mientras que si me hurtan la información ya no puedo escoger. Vaya, es tan obvio que cuantos más elementos de juicio tengamos, más cuerdamente y más *libremente* podremos gobernar nuestra vida, que el argumento no merece mayor refutación.

La segunda, quizá más sólida teológicamente, consiste en sostener que precisamente la infinita distancia ontológica que te separa de los hombres te hace imposible dar pruebas de tu existencia. No hay milagro que pudieras hacer que demostrara que existes, porque entonces constituirías una causa intramundana entre otras y serías un ídolo. Pero si las cosas son así, entonces ya no eres un ser cuya esencia (según el argumento ontológico) implica su existencia, sino un ser al que su propia esencia le impide dar pruebas concluyentes de su existencia. Desde luego ya no eres lo que eras. Claro que los defensores de esta postura sostienen que tu grandeza e infinitud quedan más a salvo, y no digo que no, pero la creencia en ti ya no es algo tan obvio ni generalizado como lo era hasta hace relativamente poco. Cada vez vives más retirado del mundo.

También hay quienes piensan que tienes que existir porque de lo contrario la vida no tendría sentido. Pero ese argumento da como indiscutible la premisa de que la vida tiene sentido, lo cual tampoco es algo demasiado

evidente. Ciertamente, cada cual puede dar un modesto sentido a su propia vida, y la muerte no es tan terrible para quien es capaz de disfrutar con las cosas buenas de este mundo. Pero pensar que ha de haber otro donde todas las injusticias queden reparadas y las contradicciones resueltas no deja de ser un piadoso deseo. Y pasar del deseo de que haya otra vida a creer que hay otra vida es confundir los deseos con la realidad, cosa que en la existencia cotidiana no lleva más que a estropecios. Es muy sugerente la idea de que alguien, tú sin ir más lejos, nos espera al final del oscuro túnel de la muerte con los brazos abiertos y, lo que es más importante, acompañado de todas las personas que quisimos en esta vida y se fueron antes que nosotros. Y se puede vivir con esa esperanza, no te digo que no, pero la esperanza nunca ha de ser confundida con la fe. Y mucha gente las confunde.

Otra cosa muy chocante. Si eres único, absoluto, perfecto..., solo se podría creer en ti de una manera. Pero sucede que se puede creer en ti de muchas maneras distintas, y decir de ti muchas cosas distintas. Cada una de estas maneras se llama *religión*. Ya te hablaré otro día de las diferentes religiones, que son muy divertidas porque dan importancia a cosas la mar de ridículas. Para empezar, los fieles de cada una de ellas se sienten muy distantes de los de las otras, pero en realidad todas son muy parecidas. Además, si tienen en común que creen en ti, a las diferencias no se les debería dar más importancia que al color de la corbata. Pero no es así. Muchos fieles consideran esas diferencias como barreras insalvables. Y fíjate que no estoy en contra de las religiones: quien es feliz en la suya, mejor para él. Es cierto que la felicidad que pueda producir creer en ti

no es una prueba de tu existencia, pero mientras el creyente no se meta con nadie, no hay más que hablar. Se ha dicho y repetido, casi como un mantra, que la religión es el opio del pueblo. Puede que sea así, pero sucede que yo soy partidario de despenalizar las drogas. Decía Bernard Shaw: «El hecho de que un creyente sea más feliz que un escéptico no es más relevante que el hecho de que un borracho sea más feliz que un hombre sobrio». Esto es verdad, pero más que un alegato en contra de la religión, parece un alegato a favor del vino.

Hasta otra, Dios. Un abrazo.

Ricardo